

NAVIDAD, NOVEDAD

Adoremos al Niño que ha nacido en Belén, reverenciamos el pesebre, la naturaleza, que le ha dado cobijo; lloremos en el mesón que no le dio asilo. Nos ha nacido un niño en un mundo viejo de natalidad limitada y de continuas migraciones. Y cuando nace un niño la vida se renueva, la naturaleza crea desde sí misma un nuevo ser. Las niñas y los niños son pequeños bigbangs que “convierten en milagro el barro”, la tierra en cielo, el vacío en realidad. Nada se acaba, todo renace. El invierno y el infierno no son para siempre. La esperanza alicaída tras un año agotador, sonrío de nuevo. El oro del mundo es un niño “en la cuna del hambre”. “Ríete niño que te traigo la luna”.

Bellas, consoladoras y eficaces imágenes que hablan de encarnación y advenimiento, de regalo y fascinación, divinidad nacida del cielo y novedad alumbrada en el vientre de la tierra. No tiene demasiada importancia preguntarse si es encarnación de lo divino o emergencia de lo vivo siempre que se sienta la creatividad incesante que todo lo hace nuevo, siempre que se trabaje la justicia, que se haya aprendido que la grandeza está en la humildad, la plenitud en lo limitado y la complacencia en la compasión.

El mito del Niño-Dios emerge en la historia como una sabiduría nueva, una creación en el seno de la evolución cultural que nada tiene que ver con la vieja moralidad del “ojo por ojo” o del “te doy para que me des”. Lo que nace en Belén son símbolos y llamadas de máxima invitación y libérrima respuesta. Un significado que luego reaparece en otros episodios o secuencias del relato evangélico, el hijo que se va de casa, la mujer despreciada ahora enaltecida, el perdón de siete veces siete, la moneda de la viuda, etc. etc.

Navidad es nacer a la novedad, renovar, liberar la sabiduría evangélica secuestrada por malentendidos doctrinales. Abrir un ámbito de conciliación en lo que antaño fue competencia de religiones y confrontación de los “dos grandes sistemas del mundo”, el reduccionismo científico y el sobrenaturalismo religioso. Abandonar la división entre lo sagrado sobrenatural y lo profano material, la fe en lo que no se ve y la fe en lo que se ve. El niño entre las pajas puede ser la navidad de un Dios o quizá hoy mejor una novedad de la “materia evolutiva”, de su incesante creatividad.

A pesar de que las narraciones evangélicas rezuman una mentalidad muy etnocéntrica y teocéntrica esa sabiduría de fondo es universalista y humanista, no se anuncia en el templo sino en los caminos. La creación de las imágenes de Padre y Reino de Dios, o cualquiera de las secuencias arriba citadas anuncian *un modo inverso* de vivir, la posibilidad de desnombrar y renombrar la sublimidad que nos desborda y el situar la centralidad en la tierra. Lo que está en los cielos es el santificado pan de cada día, la voluntad general, el perdón ilimitado, la liberación del mal y la tentación al bien que reza el padrenuestro.

Ayer celebramos la Navidad en las comunidades. El tema era el sueño de Dios como justicia y paz. Los textos de Isaías. Y durante todo el encuentro sentí que era nuestro sueño de Dios, que éramos nosotros quienes soñábamos a Dios y cuán esperanzador nos era soñar a Dios, dar realidad a ese anhelo de un ser que garantizaba por encima de todo el bien y la recuperación de todo lo perdido o no logrado. Pero era yo el que soñaba a Dios

¿Es este *modo inverso de creer*, el que corresponde a nuestro tiempo? ¿Es honesta la presuposición indudable de esa figura tan inasible como pintada con tantos supremos atributos? ¿Somos el sueño de Dios o Dios es el fruto emergente de nuestros bellos sueños, de la creatividad incesante de la vida y la consciencia? El Niño o la Niña nace en el vientre de la madre y de la tierra, en cualquier lugar del mundo. Por mucho que se quiera privilegiar a Belén, la ciudad del rey David.

Santi Villamayor, 17/12/2022.